

clusiones a que sus directrices metodológicas y sus estudios le han permitido llegar —mucho menos interesantes en cuanto aún no se tienen materiales suficientes para llegar a conclusiones en el terreno de lo social—, Gini enfrenta la tesis inicial de la diferencia fundamental (mentalidad prelógica frente a la mentalidad lógica) de Levy Bruhl, y la tesis según la cual el primitivo sería idéntico al civilizado sostenida por la UNESCO en sus declaraciones sobre las razas. La postura de Gini consiste en considerar que ninguna de ellas corresponde a la realidad; que la mentalidad del civilizado no se opone, sino se superpone a la del primitivo, de tal modo que conserva siempre un fondo de primitividad; que es necesario considerar las diferencias de clase para juzgar de la cercanía o lejanía entre civilizado y primitivo, en cuanto las clases llamadas bajas están más cerca de la primitividad; que el que las poblaciones primitivas y las civilizadas no constituyen dos secciones absolutamente distintas de la humanidad no significa admitir que ellas sean idénticas, sea en el punto de vista del nivel medio de las capacidades intelectuales, sea bajo de su variabilidad individual” (16, 17).

La diferencia entre primitivos y civilizados depende, para Gini, sí, de un diferente desarrollo de la técnica, pero ésta, a su vez, considera que está ligada a la acumulación —al empleo de materiales ya producidos y de estímulos para acrecentar la producción—; no se trata, dice, de una superioridad intelectual del civilizado; es una superioridad en la voluntad de trabajar y de acumular, acabando por preguntarse “si no es una detención en la evolución de esas cualidades la causa de la crisis que atraviesan las sociedades occidentales” (23).

Un título más en la producción de Gini que —con dignidad— entronca con sus preocupaciones permanentes.

DE P. MIRANDA, FRANCISCO:
La Alimentación en México.
Publicaciones del Instituto Nacional de Nutriología. México, 1947, pp. 48.

Frente a la abundancia creciente de robots encuestadores que ya empezamos a padecer en México a causa de la categorización de la pesquisa social como moda de buen tono (antes padecimos la moda de la economía); frente a la actitud de masa inculta de quienes descubren maravillas en la reducción de la pesquisa social a cuestionario y elaboración estadística, ajena a cualquier preocupación auténticamente humana, éticamente cimentada en el deseo de hacer la vida social más justa, más armoniosa, más bella —conforme al viejo dictado aristotélico—, se siente un soplo refrescante cuando, así sea por rumbo distinto del académicamente demarcado como social, se recoge una inquietud realmente humana de servicio, de búsqueda de elevadas metas. Porque si la pesquisa social vale por algo, es precisamente por la actitud con que se la practica: ni curiosa, ni inquisitorial, ni de mero justificativo de un irrisorio título de “investigador” tras el que se ocultan falsos semblantes; sino de preocupada y de comprometida en la superación del hombre que convive con el hombre, del hombre que vive grupalmente y al grupo da y del grupo recibe lo mejor de sí mismo.

Negada, por su materia, a los excesos grandilocuentes —en cuanto se ocupa con realidades tan prosaicas como son las de la alimentación—, la investigación realizada por Francisco de P. Miranda y por sus colaboradores del Instituto Nacional de Nutriología hace referencia a necesidades que, siendo de raíz biológica, prolongan sus implicaciones problemáticas en el campo de lo social en el que plantean interrogantes

fundamentales, porque, como señala el autor, "la satisfacción de las necesidades fisiológicas del hombre constituye el principio de su liberación (pues no es hombre libre el que está encadenado a la miseria y es víctima de su propia incapacidad física" (7). Pero, el que lo social también repercute en lo biológico es algo que el autor ha comprendido perfectamente y que pone de relieve cuando señala que la mala nutrición de un número creciente de seres humanos puede imputarse a la mala organización de las sociedades humanas y de la comunidad internacional, porque "ni faltan tierras (gracias al avance de la técnica agrícola que permite al hombre utilizar al máximo las potencialidades productoras de la misma), ni faltan brazos, ni falta capital para la producción: lo que falta es que el mundo se organice para la paz de manera tan eficiente como se organiza para la guerra" (8).

En lo concreto, De P. Miranda registra la baja demanda comercial de alimentos en México, apreciable no obstante la carencia de datos adecuados que recojan no sólo la producción de alimentos en el país sino su destino al consumidor animal y al consumidor humano, llegando a estimar el consumo en unas 2 000 calorías por día y por habitante que colocan a México muy por debajo de los consumos de 2 700 y 3 200 calorías correspondientes a Canadá, Estados Unidos de América, Uruguay, Argentina, Nueva Zelandia y Australia. Con respecto a lo que constituye la demanda fisiológica, indica que las cantidades recomendadas por el National Research Council de los Estados Unidos de América, consideradas como elevadas, pueden considerarse como una meta lejana para la humanidad en su conjunto y que, medido sólo en calorías, el consumo de los mexicanos representa el 93% de lo necesario para un trabajo moderado (o sea, para mantener la actual situación eco-

nómica y social de México) y el 82.1% de lo necesario para que la mitad de los varones adultos realizaran trabajo intenso (o sea, para que México pudiera salir de la situación en que se encuentra, y colocarse económicamente en un nivel de abundancia).

De paso por estos apartados del trabajo, el estudioso de las ciencias sociales debe recoger observaciones como la que se refiere al hecho de que en la apreciación (objetiva) del consumo alimenticio es preciso considerar la estratificación por edad y sexo de los pobladores, la distribución por tallas y pesos, la estratificación económica de los habitantes, y la forma en que las cifras medias pueden tener un significado perturbador para la apreciación correcta de una situación, ya que si "la cifra global de pérdida o ganancia es suficiente muchas veces para el comerciante, pues las pérdidas sufridas en determinada operación se balancean con las ganancias de otras, en el caso que nos ocupa de nada aprovecha a un sujeto humano subalimentado que su vecino coma en exceso" (12) o, dicho más desnudamente, que ni siquiera en el terreno de su bienestar material—reflejado en armonía social y en progreso cultural y moral— convienen a la sociedad las situaciones de injusticia. Asimismo importa subrayar que asimismo en la postulación (teleológica) del consumo deseable es necesario considerar las distinciones que a cada país impone su estructura demográfica social y cultural, debiendo ser distintos los desiderata para un país como Francia en que las tasas de natalidad y mortalidad y las proporciones entre niños adultos y viejos son muy distintas de las que presenta México, de los que deben de proponerse para nuestro país.

Por otra parte, la complementaridad de las diversas necesidades y su relativización por el medio físico también son de consideración, ya que, como el autor

indica, a causa de las necesidades de conservación de la energía y del gasto que se opera en la transformación de una energía en otra, no todas las máquinas son igualmente económicas, y, en el caso del hombre, es distinto el gasto necesario y, por lo mismo, los requerimientos energéticos que los alimentos puedan satisfacer según que el medio imponga una difusión de energía destinada a preservar el calor corporal (por falta de abrigo y de alojamiento adecuados) o incluso a mantener un cierto sistema de refrigeración corporal.

El "Resultado de las Encuestas de Alimentación" que el autor recoge en tablas estadísticas y en textos que glo-san las cifras debe consultarse detenidamente por los especialistas, pudiendo recogerse, sin embargo, algunas indicaciones que, en su simplicidad llegan a ser aterradoras. Con respecto a las calorías, sólo en un ejido de la rica zona del Bajío la cifra fue ligeramente superior a la recomendada, en tanto que la más baja era la del Mezquital (70%) *muy cercana a la* (de 75%) *encontrada en las familias solicitantes del Comedor Familiar de México, D. F.* En forma análoga, por lo que se refiere a diversos renglones nutriólogicos, los investigadores del Instituto de Nutriología hicieron una encuesta entre escolares asistentes a una escuela de San Jacinto, uno de los barrios pobres de la Ciudad de México, llegándose a la conclusión de que "si se estudian con detenimiento las deficiencias, se ve que el grupo de niños estudiado, que no es excepcional encontrarlo en la ciudad de México, sino más bien como representativo de lo que podríamos llamar la zona periférica de la ciudad, donde las familias viven en barracas, en chozas más bien que en casas, es de lo más deficiente que puede encontrarse en la República. *No comen peor los niños del Valle del Mezquital*" (24) (el subrayado es, nuevamente,

nuestro). O sea, que con base en una comparación de base objetiva, podría dramatizarse muy bien la situación si se considera que, de todas las de la República se ha considerado siempre como paupérrima en grado extremo la del Valle del Mezquital, pudiendo decirse que, en forma encubierta por apariencias más o menos engañosas, tenemos un Valle del Mezquital —un valle de la desesperación— ciñendo con su zona de tugurios, de sub-alimentación, de deterioro material, social, cultural y moral (y esto último como agravante que no se da en el Valle de los Otomíes) a la ciudad capital de la República Mexicana.

Las "Breves Reflexiones" con que termina el trabajo de Francisco de P. Miranda son sencillas en su enunciado y parecen tan de un buen sentido más o menos común y corriente que no merecerían subrayado a no ser que, dentro de su sencillez, son elevadas, y dentro de la poca frecuencia con que se atienden observaciones análogas, requieren de una cierta ponderación publicitaria en bien de la sociedad hacia cuyo mejoramiento se orientan. Para el autor, la asistencia a los grupos vulnerables de la población es necesaria, pero es mejor que sea preventiva y no tardía pues "ocurre pensar que si se acepta que el tratamiento de la enfermedad debe ser igual para todos, porque sería injusto que sólo el rico pudiera contar con rayos X, radio, transfusiones y todo el costoso armamentario de la medicina moderna, para salvar su vida, no sabemos por qué habrá que esperar a que el sujeto esté enfermo, para *abrirle las puertas de un hospital, salvarle la vida con gran costo y después despedirlo para que vuelva a la misma vida de miseria a donde adquirió su enfermedad*" (32). Lo cual se prolonga en la necesidad de que la asistencia tenga carácter educativo, creando hábitos que *después sea factible satisfacer*, pues "na-

die decidirá que el huevo es un alimento económico propio para acostumbrar al niño a comerlo y cuando deje de ser asistido se sienta infeliz porque la madre no puede comprárselo".³³ Y Francisco de P. Miranda tiene, así sea en primordio, la idea de la totalidad solidaria de los diversos fenómenos sociales que a veces falta entre los mismos investigadores sociales según lo demuestra cuando afirma —así sea con grandes pinceladas—: "si se decidiese que el zapato es una necesidad para el niño, daríamos trabajo a todos los zapateros de la ciudad de León que no quieren aceptar la máquina por temor a quedar sin trabajo. Si se decidiera que la leche descremada es el mejor alimento para el niño por el menor precio, tendríamos un desarrollo enorme de la industria lechera en el país y no faltaría la mantequilla en la mesa del pobre. Si se decidiera que el pan de trigo es un alimento económico y bueno para el niño, podrían funcionar muchas fábricas de pan en el país y el panadero dejaría de luchar contra la aceptación de la máquina y el agricultor no tendría temor de sobreproducir..."³³

O sea, finalmente, que cuando alguien, con buena voluntad de resolver un problema que se le presenta en su particular campo de especialización lo sigue hasta sus últimas implicaciones, descubre la íntima trabazón del mismo con otros muchos problemas de la vida social, y llega a percatarse de la solidaridad estrecha que liga a una especialidad de lo académico con otras especialidades de la vida académica, descubriendo asimismo, en la necesidad de trabajo solidario de los diferentes especialistas, la necesidad de trabajo coordinado, cooperativo, íntimamente conviviente de los hombres.

El encierro en una especialidad ¿no encubre un nuevo egoísmo? La ciencia, producto social para provecho de un hombre. ¿Cabe mejor ejemplo de personalidad explotadora que el del especialista?

BIBLIOGRAFIA SOCIOLOGICA MEXICANA

SOCIOLOGÍA RURAL

Recopilación, organización y comentarios de María del Carmen RUIZ CASTAÑEDA y Jorge MARTINEZ RIOS, del Instituto de Investigaciones Sociales de la U.N.A.M.

1

- 1 *Sistemas de tenencia y explotación de la tierra.*¹
14 *La Dictadura.*

1877-1910 SECRETARIA DE FOMENTO: *Memorias...*

Las *Memorias de la Secretaría de Fomento*, durante la época en que gobernó el general Díaz, forman una colección interesantísima de documentos en los cuales se puede seguir paso a paso la forma en que se fue concentrando la tierra mediante las disposiciones de la legislación agraria de la dictadura. Nuestra idea es que el régimen porfiriano propició en gran escala el interés de los futuros terratenientes laicos que se formaron después de nacionalizar los bienes del clero, mediante una legislación que sirviera a los propósitos de los nuevos grupos económico-políticos que se fueron formando. Aunque las *Memorias* serán objeto de otra mención cuando analicemos las relaciones entre el derecho y la tenencia de la tierra de una manera específica, lo hacemos por esta vez con el fin arriba mencionado.

El periodo estudiado en las *Memorias* —1877-1910—, nos presenta un cuadro histórico a seguir, con base en las estadísticas que contienen y que están refe-

¹ Véase plan de trabajo en el Vol. XVII (2-3), mayo-dic. de 1955.